

## MUITO LÁ DE CASA, AQUÍ POR CASA

RITA AZEVEDO GOMES

El 21 de mayo de 2009 murió João Bénard da Costa. Más precisamente hace trece años, siete meses y tres días, de acuerdo con el hábito que él mismo tenía de contar los años, días y meses de ciertas fechas, confiéndole al tiempo otra sonoridad o solemnidad.

Desde entonces, siempre evité cualquier declaración, oral o escrita, sobre JBC; la proximidad me impedía ser objetiva.

Pasados, entonces, 4965 días de ese día de mayo, jueves caliente y denso, rompo aquí mi silencio «muy de la casa», con motivo de la feliz primera edición, creo yo, de textos suyos traducidos al castellano: las crónicas que escribió para el diario *O Independente*, compiladas en el libro *Muito lá de casa*, de 1993 (que, casualmente, fue el año en que comencé a trabajar en la Cinemateca, en Lisboa).

Pero, por escribir aquí para casa ajena, aunque vecina de la casa lusa que es la mía, y por la alegría que siento por ver aparecer la presente edición —¡me imagino la satisfacción que le daría ver este libro!— no podía mantener la puerta cerrada y no aceptar la invitación, que tan amablemente me hiciera Alfonso Crespo, y decir aquí algunas palabras.

Sin embargo, anticipo que lo que surja en estas pocas páginas nacerá de esta indefinición en la que las frases no llegan, solo imágenes: como si fueran de ahora mismo, con el color vivo del espacio y de la atmósfera de

otrora. ¿Cómo se olvida, cómo se recuerda a alguien que se ama?

El olvido no tiene arte. Estoy sentada al lado de João en la cabina de proyección del gran auditorio de la Gulbenkian. Fue una felicísima suerte del destino la que allí me llevó. Un día estaba esperando en la entrada, con el objetivo de conseguir unas prácticas de fotografía en las instalaciones del museo, cuando, de pronto, João Bénard da Costa pasó. Suerte o designio, vino a hablarme, sonriente: «Rita, creo que serías la persona ideal para trabajar conmigo, etc., etc.». Fue el inicio de la época dorada de los ciclos de cine que él organizaba al frente del Servicio de Cine de la Fundación.

¡Ya no quise saber más nada de las prácticas y acepté inmediatamente! No sabía muy bien si estaría a la altura del cargo y mucho menos me daba cuenta de hasta qué punto ese encuentro determinaría el rumbo de mi vida. Films, films y más films, día tras día.

João Bénard da Costa tenía el don de seguir a fondo sus intuiciones, su fe. Solo alguien así —alma de aguador—, con el espíritu inflamado por el deseo de transmitir a los demás la exuberancia de su entusiasmo por las cosas que más amaba, es capaz de arriesgarse a dar carta blanca a una chica de trece años para programar en la cinemateca. Fue el caso de la joven Eva, que un día entró en su despacho, acompañada por su madre, deseando tan solo conocerlo, deseando tan solo hablar con él. Traía consigo un cuadernito en el cual tomaba notas y calificaba los films que veía, en un tiempo en el que internet no estaba todavía a mano. La lista de títulos era sorprendente y la escritura admirable, a lo que se sumaba el gusto cinéfilo. «Siempre están allí las flores de otoño», creía él.

En los films a los que asistíamos, allá en lo más alto del auditorio, veíamos el desfile de Cooper/Wassell, de Gilda, de Alice Faye, *a journey to a star*; de las Viennas de su *tan suyo Johnny Guitar*; las damas de Bresson en el Bois de Boulogne; ángeles del pecado con el halo inmenso de los ojos de Joan Crawford. Eran *flocons d'or* y el *Vértigo* del vestido magenta pegado al cuerpo de Marilyn, con el sonido de las cataratas del Niagara que se multiplicaba en las conversaciones durante la cena que se adentraba en la noche, mientras se desparramaban decenas y decenas de fotografías en el suelo de las oficinas, *fantasmas apasionados*<sup>1</sup> en la preparación de los catálogos de los grandes ciclos de Cine Americano, de Rivette, Bresson o de Ciencia-ficción; de Musical, de Cine Alemán o de Luis Buñuel, *un infinito mar de films*<sup>2</sup>, de la Gulbenkian a la Cinemateca.

A partir del día del encuentro en la Gulbenkian y hasta el fin de sus días, mantuvimos una conversación incesante; yo iba aprendiendo a entresacar de las películas mi propia vida, mientras con él encontraba en ellas a Ovidio y a la mitología griega; a *La Marquesa de O.*, con el oído siempre puesto en Mozart, Martha Moodle; la modernidad de Tiziano y la voz de Teresa Stich-Randall, o el reencuentro con los cuerpos de Rubens que veíamos en el Prado, en ascensión y caída simultánea, como las nubes de humo y los cuerpos caídos de la historia del *Dr. Wassell*.

---

1. Título portugués de *The Ghost and Mrs. Muir*. [N. del ed.]

2. Referencia al catálogo *Um mar de filmes*, editado por João Bé-nard da Costa y Rita Azevedo Gomes para el Festival dos 100 días y la Expo'98 de Lisboa. [N. del ed.]

Una noche se estremeció de miedo, cuando me sorprendió cargando a escondidas, de los sótanos de la Gulbenkian al maletero de mi coche, cinco latas de *The Story of Dr. Wassell*. Como suele decirse, «hizo la vista gorda», sabiendo perfectamente que esa misma noche se preparaba una sesión privada en la casa de un amigo, el pintor Luís Noronha da Costa. El proyector de 16 mm, montado en medio de la sala, esperaba la llegada de la noche y que finalizara la cena. Luego, el motor arrancaba y en los cambios de bobina la conversación se animaba, entre muchos cigarros y *whiskies*. Era un frenesí de historias y más historias, se hablaba de pintura, de cine, de música y de libros, de casos y de usos.

Debajo del brazo, o cayéndose de un maletín de cuero lleno de papeles y libros, llevaba siempre múltiples blocs de tapas azules, que tenían impreso un pequeño castillo encaramado en lo alto de un acantilado. Nunca usó otros. De su mano torpe salían unos minúsculos garabatos que nadie conseguía descifrar; era preciso desentrañar cada palabra, cada sílaba, cada minúscula letra que su insustituible lapicero azul persistentemente garrapateaba. Su voz ronca traía mil y una historias que recomenzaban infinitamente, «y era solo escuchar al soñador hablar de la vida como si hubiera sucedido»<sup>1</sup>. Todo se expandía y se abría como aquella mañana en que pisé por primera vez la isla de Delos y el día no tenía ocaso.

Es así, ya lo avisé, en este aletear concéntrico de todo tipo de fragmentos del tiempo, desobedientes al calendario y a las líneas narrativas, como recuerdo a João Bernard da Costa desde que murió. *Warum? Così fan tutte*.

---

1. Ruy Belo, *Homem de palavra(s)*.

No pararía de nombrar a todos y a todo lo que vuelve y fluctúa en mi espíritu. Todo pasaba en otra vida, pero *we are not in Kansas anymore* y la casa de Dorothy tendrá que aterrizar en algún lugar.

En la fotografía de la cubierta del libro en Portugal, Marilyn Monroe, que se inclina pesarosa, nos mira. Era «el tiempo en que los árboles se vestían de púrpura y el cielo de magenta». Es a este libro al que dirijo mi atención, pues de eso se trata, de la escritura, allá en la casa de João Bénard da Costa.

Con el correr de la pluma, en el verdadero sentido de la palabra —pues siempre escribía a mano— iba incorporando al texto de tema cinematográfico, a propósito o a despropósito, un torbellino incesante de referencias a las cosas que amaba, que admiraba o que le daba alegría recordar. Les daba espacio y tiempo «como si fuesen muy de la casa», entrelazándolas, con la fuerza de un niño, en las corrientes de su río más profundo, la mayor de sus pasiones: el cine.

La escritura de João Bénard da Costa también tiene algo del *alma del aguador* que comentamos. Esa manera de escribir la entiendo ahora, creo. Se trata de «poseer», de «retener las cosas en palabras e imágenes y así poseerlas»<sup>1</sup>. Y quien quiera conocer y poseer todas las fuentes a las que fue a beber, tendrá que buscarlas, tendrá que ir hacia ellas por sí mismo. Solo así conocerá la riqueza del camino, sin notas a pie de página.

Es una escritura mozartiana, si se quiere. Llena de encrucijadas, en las que la elección del camino determinará la suerte. Una casa muy alta, llena de pasadizos,

---

1. ETTY HILLESUM, *Diário 1941-43*.

de secretos detrás de puertas entreabiertas, de interminables corredores; todo y todos en ella se cruzan, se entrelazan, se desenlazan y se reconcilian al final, pero no todo se aclara.

Seguramente se partiría de risa si supiese que a pocos días de que salga este libro, todavía se le sigue dando vueltas al origen de esos versos que citó en ocasión de la muerte de Judy Garland, *mujer en la que todo el tiempo fue antorcha, en la que todo el cuerpo fue mendicante muerte*.

Estos escritos de João Bénard da Costa son la expresión fascinada de su enamoramiento por los actores con los que vivía encerrado en esa casa de la que era el único que verdaderamente poseía la llave. Pues seguía adelante en silencio, con todos los tesoros que había reunido, alzando su linterna entre los juncos de las vastas dunas, como Johannes en busca de su «palabra». *Amor Omnia*.

24 de diciembre de 2022

MUITO LÁ DE CASA

Par. o R.ta.  
quando a circun  
se vestiam de  
púrpura e o casu  
se vest. de magenta.  
Do Gulbenkian i  
Cinamoteos. Da  
Rua do Misericórdio  
i Rua de Birre  
BB

l.

## NOTA PRELIMINAR

Básicamente, este libro reúne las crónicas que, entre el 11 de agosto de 1989 y el 7 de septiembre de 1990, publiqué en el diario *O Independente*, con el título de «Muito lá de casa», mismo título del presente volumen.

Digo «básicamente» porque excluí de esta obra cuatro crónicas que había escrito por entonces bajo esa doméstica denominación. Tres me parecieron todavía más de entrecasa, puesto que se referían a una polémica que, a finales de 1989, mantuve con algunos colaboradores de *O Independente* a propósito del film *Recordações da Casa Amarela* de João César Monteiro. Cuestiones caseras que no venían al caso y por eso las dejé donde estaban. Otra en la que hablaba del nacimiento de la pareja Bogey-Slim (o sea Humphrey Bogart y Lauren Bacall) tampoco la rescaté. Era demasiado intelectual (Ciclo Hawks, de diciembre de 1989) y no era un retrato individual, como todos los aquí reunidos. En compensación (¿qué compensación?) añadí otros dos retratos que no aparecieron en *O Independente*: Esther Williams y Marilyn Monroe. Esbozos de ellas habían aparecido en el Volumen III («Las Letras») del catálogo del ciclo de cine *El Musical*, editado por la Fundación Calouste Gulbenkian y por la Cinemateca Portuguesa en 1989. Pero aquí lucen diferentes y más fieles al espíritu común.

¿Qué espíritu? Más allá de lo que explico en la primera crónica —«El problema de la habitación»— me limito a agregar que, en estos retratos, llevé al extremo un género que comencé a cultivar en varios «diccionarios»

de catálogos y ciclos de la Cinemateca o de la Gulbenkian. Mezclé alguna información, mucho delirio y, con base en la vida y obra de las *movie stars*, procuré meterme en otras vidas y en otras obras que, como las de ellas, me acompañaron. La mezcolanza es tal que, con algo de exageración, se puede decir que vale para este libro el aviso que antecede a tantos films: cualquier semejanza entre los personajes retratados y los personajes reales o ficticios es mera coincidencia. Aviso que vale tanto para quien tiene nombre en el retrato (tal *star*) como para el que no tiene nombre ni retrato pero que fue igualmente convocado o exorcizado. Que nadie busque en este libro ninguna otra historia que no sea la mía. Esta es una obra de ficción. Esta no es una obra documental.

¿Pero es un diccionario? Podría decir que sí, citando con el debido respeto a predecesores como Flaubert o Borges. Pero quien me autorizó a iniciar este camino (mucho antes de estas crónicas) fue el inglés David Thomson. Fue al leer —si no me equivoco en 1979— *A Biographical Dictionary of Film* (William Morrow and Company, Inc., Nueva York, 1976) que tuve un primer presentimiento de hasta dónde podía llegar si me atreviera. Estuve diez años preparándome. Con estas crónicas, completé mi formación. Si tropecé, si caí al suelo, los hematomas son solo míos. Con los muertos no se juega. Con los recuerdos mucho menos.

No podría ser más claro.

Pero sí podría agradecer, nuevamente, a Miguel Esteves Cardoso y a Paulo Portas por la invitación a este baile. De no ser por *O Independente* nada de esto existiría. Con ellos compartí una amistad íntima, que es una de «las cosas más serias de la vida».

## NOTA PARA LA 2° EDICIÓN PORTUGUESA

La primera edición de este volumen fue publicada en 1993, reuniendo principalmente textos publicados en *O Independente* en 1989 y 1990.

En esa edición ya consigné en varios post-scripta las muchas muertes sucedidas entre 1990 y 1993: Gene Tierney, Joel McCrea, Audrey Hepburn, Dana Andrews y Marlene Dietrich. Olvidé sumar la muerte de Joan Bennett, lo que hago ahora. Entre 1993 y 2002 otras almas y otros cuerpos partieron: James Stewart, Joseph Cotten, Burt Lancaster y Sylvia Sidney. Esta, mi casa, se parece cada vez más a la casa de los muertos. De los que habitan este libro, 24 ya murieron y apenas 13 están vivos. Cuando escribí las crónicas por primera vez estaban vivos 23 y solo 14 habían muerto. La proporción casi se invirtió en poco más de once años. Me da mucho miedo. Se parece a las últimas bobinas de *Heaven Can Wait* de Lubitsch. *Heaven Can't Wait*.

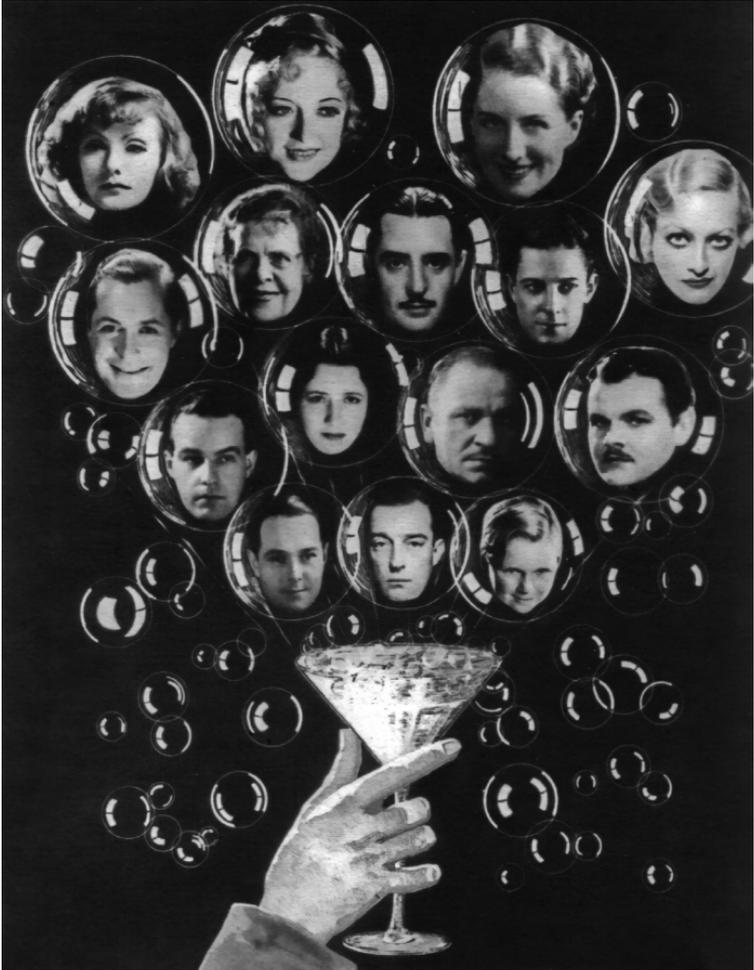
Como en casi ninguno de los casos me pareció de utilidad hablar de los muertos como si estuvieran vivos, actualicé —regla general— la cronología. Por cuestiones de armonía actualicé también —regla general— la edad de los vivos. En esta edición, las edades son las que los protagonistas tienen en 2004 y no la que tenían en 1990 o en 1993. ¿Se libró de la actualización Isabella Rossellini y todas las otras citadas en su artículo? Se libró —se libraron— y yo sé por qué, pero no lo digo.

Por lo demás, cronologías, biografías y genealogías ya estaban en un desbarajuste tal en los textos

originales que una nueva mezcla les acentúa la coherencia. O la incoherencia, si prefieren, según sus respetabilísimas opiniones.

En cuanto al resto, a excepción de la corrección de errores tipográficos, de pequeñas enmiendas o de pequeñas alteraciones, todo quedó como estaba. Sobre todo solo quedó quien estaba. Y les digo con franqueza, que no quise agregar a nadie más. Este no es un libro «de mi casa», si no un libro «muy de mi casa». El adverbio es temporal. No se aplica a visitas recientes que de la casa no conocen más que la sala y el cuarto de baño.

MUY DE LA CASA.  
LOS ACTORES DE MI VIDA



## EL PROBLEMA DE LA HABITACIÓN

*Muy de la casa.* Hoy se escucha poco esta expresión. Pero cuando yo era chico se usaba mucho y a mí me gusta mucho. Eran tiempos y mundos en los que todos se conocían. En ocasiones aparecía un nombre nuevo o una nueva cara y siempre había una tía vieja que se detenía en uno de los apellidos de la presentación. Como quien abre cajones del escritorio de la memoria, preguntaba entonces si, por casualidad, el recién llegado o el nuevo novio, no era el nieto, el sobrino nieto, el sobrino que no era nieto, o el primo de alguien que, por casualidad, tenía un apellido completamente diferente. La respuesta levemente asombrada, era invariablemente afirmativa. Venía entonces, a continuación, esa expresión admirable: tal abuelo, tío abuelo, tío o primo era *muy de la casa* de otro abuelo, de otro tío abuelo, de otro tío o de otro primo, en la cual *casa, una sola casa* (plural jamás) significaba todas las casas de la familia. En cinco minutos, el árbol genealógico del desconocido era rápidamente reconstruido. Muertos y vivos, quién se había casado con quién, qué habían sido en la vida o en la muerte, cómo habían vivido, cómo habían muerto. Una enorme cantidad de cosas fechadas para una enorme cantidad de cosas que empezaban a envejecer.

Las variaciones empezaban más tarde y podían llevar horas. Las mismas horas que, entretanto, el recién llegado pasaría oyéndolas de nuevo, ya en *su casa*, cuando, habiendo regresado allí, confirmara la absoluta

correspondencia de los hechos y de las fechas, verificando que el pariente mencionado había sido también *muy de la casa*.

Algunas veces las cosas no pasaban tan cronológica ni tan ritualmente. Siempre hubo quien disfrutaba de las sorpresas. Al oír un nombre nuevo, alguien preguntaba, de golpe, si la tía Madalena estaba mejor del corazón, o cuándo era que se casaban Pedro y Joana. Si el inquiridor era tímido, y por decir algo preguntaba: ¿lo conoce?, la respuesta venía acompañada de una sonrisa condescendiente: «Si lo conozco... Su tío Henrique era *muy de la casa*».

*Muy de la casa* eran todos aquellos de quienes, *ahí en casa*, había retratos en inmensas gavetas, que fueron la primera de mis exploraciones predilectas, la primera de mis pasiones predilectas. Terminados los retratos de familia, hasta el del último primo, había centenas (no exagero) de fotografías de personajes que, ni siquiera por un día, habían sido *muy de la casa*. Señores barbudos, viejas con grandes sombreros, vírgenes pálidas, jóvenes ojerosos. Fotografías con dedicatorias retóricas: «Al Excmo. Señor F... le ofrezco como prueba de estima». Insaciable, quería saber los nombres de todos y en toda casa de conocidos pedía ver esas gavetas y esos retratos. Si los adultos no tenían nada mejor que hacer identificaban los retratos para mi mayor deleite y, en los días fastos, me contaban de cada uno de ellos historias asombrosas.

Fue en una de esas casas, de las que *yo era muy*, que, un día, cuando ya había agotado todas las gavetas y ya sabía de memoria y de atrás para adelante los nombres de los habitantes de ellas, que alguien me pasó un ejemplar de *Marie Claire*. Era un número antiguo,

probablemente de 1940, porque recuerdo saber que la revista había interrumpido su publicación después de que los alemanes entraran en París. Así fui a parar a dos páginas —que pasaron a ser para mí las páginas centrales— en las que había retratos de 15 actrices y 15 actores ordenados, arriba las señoras y abajo los señores, según las respectivas alturas.

Era un artículo que respondía a la curiosidad sobre cuánto medían las estrellas de Hollywood, y, de izquierda a derecha, los tamaños iban aumentando. Nunca más volví a ver esa revista, pero le apuesto a quien quiera que la más baja de las mujeres (primera a la izquierda) era Janet Gaynor y que el más alto de los hombres era Gary Cooper (último a la derecha). No podría recordar con exactitud a todos los hombres, pero estoy seguro de que las 15 *stars* eran Janet Gaynor, Joan Crawford, Norma Shearer, Deanna Durbin, Jeanette MacDonald, Kay Francis, Myrna Loy, Carole Lombard, Eleanor Powell, Hedy Lamarr, Ginger Rogers, Greta Garbo, Margaret Sullavan, Merle Oberon y Bette Davis; por cierto, no en ese orden.

Entre los hombres estaban, sin duda, Gary Cooper, James Stewart, Clark Gable, Fred Astaire, Bing Crosby, Spencer Tracy, Errol Flynn, John Garfield, Nelson Eddy, Tyrone Power, Robert Taylor, William Powell y Robert Montgomery. Había dos más, pero debo confesar, avergonzado, que no recuerdo quiénes eran.

Nunca había oído ninguno de esos nombres —o solo alguno que otro— y fueron las primeras estrellas que así, solo en retrato, pasaron a ser *muy acá de casa*. También quise saber las historias de todos, pero, a pesar de haber cinéfilos en la familia, los relatos de sus

vidas no eran tan buenos como los del apuesto capitán de la Marina que muriera en la India y su cuerpo fuera lanzado al mar o la de aquel médico que había salvado a mi tío de morir a los 18 años de fiebre tifoidea.

La vida se encargó de poner fin a esa injusticia. Olvidé a la mayoría de los retratados de las gavetas, a medida que fui dejándolas de abrir o que se cerraran las casas que ellos habitaban en efígie. Las actrices y los actores, con un truco digno de su arte, se levantaron de esos rectángulos en los que aparecían de cuerpo entero en las páginas de *Marie Claire* y pasaron a grandes planos que se quedarían en mi memoria para siempre. Estáticos en esa primera visión, cobraron vida luego, en los muchos films que de ellos vi. A lo largo de estos 50 años, en los que casi todos murieron y dejaron de aparecer en las revistas, fui conociendo sobre su vida y sobre su muerte, los vi llorar y reír, bailar y cantar, obrar desvergonzadamente y hacer cosas sublimes. Viví las pasiones que hubo entre ellos, los vi besarse, pegarse, los vi vivir cien veces y morir otras tantas. Me hicieron bien y mal, amar y odiar, llorar y reír. Por algunos me apasioné y por otros no. Muchos cubren hoy las paredes de la casa en la que vivo. Todos pasaron a ser *muy de la casa*. Y eso fue solo el principio. Ellos trajeron, como los demonios expulsados de la parábola evangélica, no 30, sino 300 más, algunos llegando de más atrás, antepasados de esa galería de los *thirties*, otros herederos de ellos, ramas del mismo árbol, hijos y nietos de los altos y bajos de *Marie Claire*.

Algunos de entre ellos serán los evocados en estas páginas. No me guiaré por el *star-system*, tal y como lo había aprendido en 1940. Si aparecen aquí muchas

celebridades, también aparecen secundarias y secundarios, gentes muy olvidadas, pero que, por una u otra razón, fueron *muy de la casa* y estuvieron en la cabecera de mi cama, acompañándome en la enfermedad y en la salud o como visibles *voyeurs* de escenas eventualmente chocantes.

Y —cita de la cita del epígrafe que Ruy Belo eligió para el libro<sup>1</sup> al que le robé el título del artículo de hoy— «es obligatoria la inscripción en el registro civil de los hechos esenciales relativos al individuo... particularmente los nacimientos, casamientos y óbitos» (artículo 2º del decreto ley 18/2/1911). También es obligatoria en la visita a la casa, la visita a la cama, puesto que por otro artículo del mismo decreto-ley, se establece que en caso de embargo por quiebra fraudulenta, ese es el único bien que no puede ser retirado. Como escribió Ruy Belo, «una casa es la cosa más importante de la vida»<sup>2</sup>. Ser muy de ella es importantísimo, también.

---

1. *O problema da habitação* (1962). [N. del ed.]

2. «E uma casa é a coisa mais séria da vida», último verso del poema «Quasi flos» que abre el mencionado poemario. [N. del ed.]